



Arturo Pérez-Reverte recrea en su nuevo libro, *Sidi. Un relato de frontera* (Alfaguara), cómo imagina a un héroe como el Cid, lejos de la visión franquista y del sambenito de matamoros. Se ha centrado en su primer año de destierro de Castilla por orden del rey Alfonso VI tras haberle hecho jurar que no tuvo que ver en la muerte de su hermano, Sancho II: la jura de Santa Gadea. Con un puñado de fieles, el infanzón se vuelve un mercenario y tanto ofrece sus huestes al conde de Barcelona, Berenguer Remont II, como al rey árabe de Zaragoza, Mutamán Benhud.

El libro, con una tirada inicial de 145.000 ejemplares, aborda la lealtad, el honor, el saber morir en batalla y frases como «contra los abrazos del destino, ningún talismán tiene poder» o «a menudo la derrota llega cuando uno se siente inclinado a hacer sólo lo que puedes». Batallas, duelos, orgullo, un *affaire* del guerrero de Vivar (Burgos) y detalladas descripciones de armaduras y costumbres condimentan una novela de intriga y apasionada.

¿Cómo se le ocurrió el libro?

R. Viendo la *Trilogía de la Caballería* de John Ford me pregunté cómo contaría él nuestra frontera. La historia del Cid está muy contada así que decidí contar su primer año de destierro, cuando aún no es el Cid. He intentado explicar sus rasgos morales, físicos, de valor, de habilidad política... Cómo un infanzón de Castilla desterrado se convierte en un año en una leyenda.

¿Cuánto tiempo invirtió?

R. En escribirla, toda una vida; físicamente, año y medio ocho horas al día.

¿Qué tiene su Cid de particular?

R. Este libro es un manual de liderazgo, un libro de autoayuda. Cómo manejar a los hombres, cómo

convencerlos, cómo crear una imagen, una marca. Me he empollado no sólo los textos del Cid, también todas las máximas de Napoleón sobre el mando, *El arte de la guerra* de Sun Tzu, *De la guerra* de Karl von Clausewitz, libros sobre teoría de mando... Y la guerra sé cómo es, tengo mi propia memoria, sé cómo huele la sangre.

¿Si vos, señor, me desterráis por un año, yo me destierro por dos?»

R. Esa es la chulería. En el *Poema de Mio Cid* se dice por cuatro, pero me pareció excesivo y lo reduje a dos. El orgullo. El orgullo tiene mala prensa, se confunde con la soberbia. El orgullo, cuando vienen momentos de crisis, de caos, es útil

Arturo Pérez-Reverte recrea al Cid. ¿Cómo un infanzón logró ser una leyenda en su primer año de destierro? El escritor desmitifica la figura en 'Sidi', su nueva novela

“NO SON TIEMPOS PARA HÉROES”

POR MANUEL LLORENTE MADRID
FOTOGRAFÍA: CARLOS GARCÍA POZO

porque te mantiene erguido. Es primo hermano de la dignidad. La soberbia no, la soberbia te ciega. El Cid es orgulloso. Su chulería calculada le hizo especial.

¿Tiene usted algo de Cid? No rehúye las batallas.

R. Olvídelo. Sólo he hecho una novela sobre él. Lo que haya mío allí, cada cual...

¿Hay que tirar del diccionario para leer el libro.

R. No, no. Como en todas mis novelas.

¿Almófar, cingulo, arzón, bélmez, aceffa, gonela...

R. La gonela es la tela que

llevan encima de la cota de malla para que el sol no la haga arder. No quiero abrumar al lector. Claro, si haces todo con el lenguaje de la época queda anacrónico y no funciona. Hay que buscar un lenguaje moderno pero con un aroma para que el lector crea que está oyendo hablar en clásico, y eso es complicado. De hecho, cuando acabé el libro lo pasé a dos amigos: a Alberto Montaner, especialista en el Cid, a ver si la había pringado en algo; y a Federico Corriente, el académico y arabista. En las novelas de la frontera el mundo y hasta el habla es mestizo, por eso aquí hay palabras castellanas, catalanas, andaluses...

¿Quién podría ser hoy el Cid?

R. No son tiempos para héroes. Éste es un buen titular. En el mundo occidental no hay héroes.

¿También aparecen frases del Corán.

R. Lo he leído varias veces. Ahora lo he releído para construir personajes.

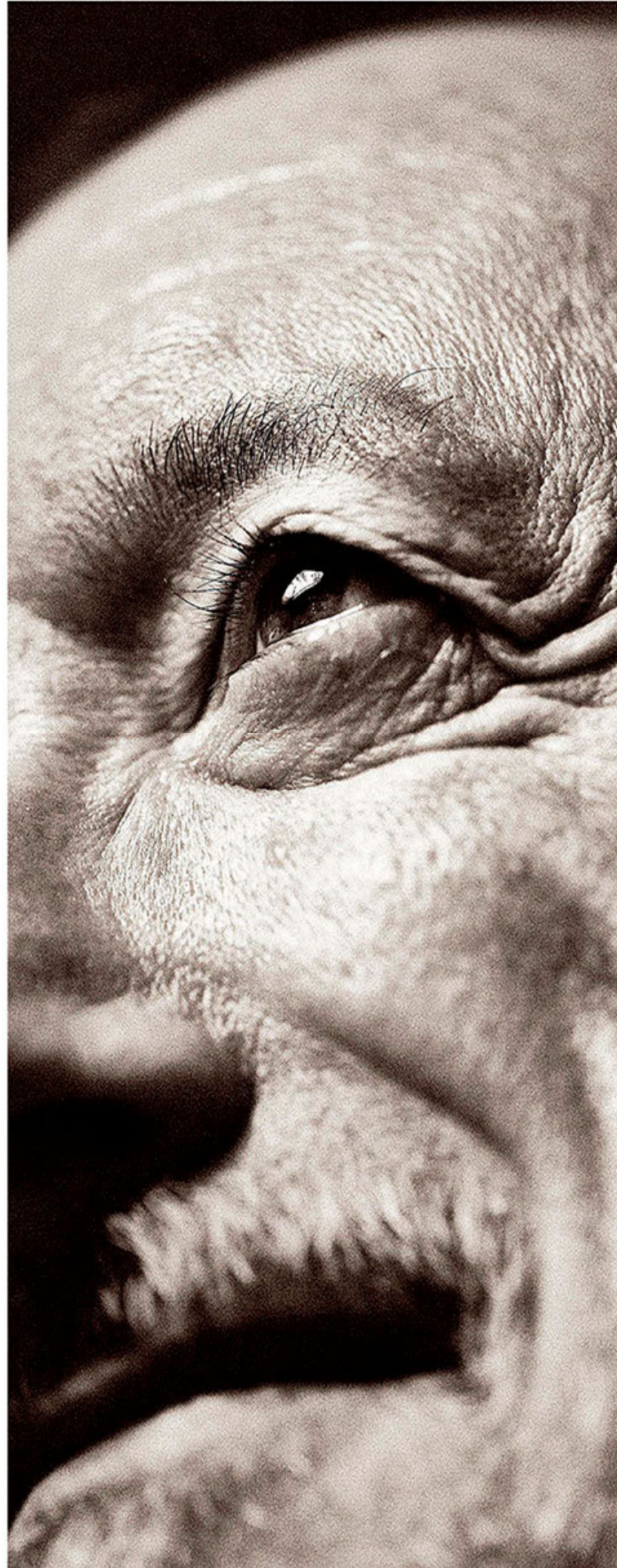
¿La convivencia en aquella frontera.

R. La palabra convivencia es muy peligrosa porque se abusa mucho de ella. No hubo una convivencia real sino una coexistencia, que es muy distinto. No había una armonía cultural entre los cristianos, judíos y musulmanes. Había un contagio positivo, un espacio común. No hubo esa Arcadia feliz de la que hablan los

tontos.

Se calla el académico. «Quiero dejar claro lo siguiente: soy de la generación de los que estudió todavía con libros franquistas. Estaba Don Pelayo, el Cid y Franco, una cadena histórica ineludible. La Cruzada, la Reconquista. El Cid que yo mamo de pequeño es un Cid con camisa azul. Yo quería hacer un Cid no contaminado, desligado del matamoros, un Cid diferente».

¿Es difícil entender la lealtad del Cid al rey que le





El escritor y académico Arturo Pérez-Reverte, ayer, en el Hotel Palacio de Madrid.

destierra, y al que envía parte del botín de los lances.

R. No es difícil. Todo marginal, todo proscrito, necesita algo a lo que acogerse para no sentirse demasiado a la intemperie. Lo he visto. «Yo soy un miserable pero tengo una mujer que me ama», «tengo un rey al que soy fiel».

P. ¿Una necesidad?

R. Exactamente. Necesitan algo que les devuelva la respetabilidad. ¿Por qué no habla un chorizo? Porque tienen unos códigos de supervivencia y si no los respetas estás fuera. Esos códigos son más rigurosos que los de la gente absolutamente respetable. Alfonso VI era un hijo de la gran puta y el Cid le odiaba porque le había puteado toda la vida. Pero el Cid necesitaba un símbolo para no sentirse solo en el mundo de la frontera. Me vendo pero, ojo, no me vendo todo. Vendo mi espada y mi vida pero no mi lealtad. Ese esfuerzo por mantenerse leal por encima de la suciedad de ser mercenario es casi conmovedor.

P. Otros héroes que admira.

R. Yo admirar admiro muy poco. El héroe marginal me interesa mucho. Personajes míos como el corsario Alatríste, Falcó... aunque viven en un sistema no pertenecen al grupo al que la mayoría parece pertenecer. Quizá porque es mi manera de entender la vida. Quizá yo también me sienta así por la forma de vida que llevé.

P. Cite algunos personajes.

R. Napoleón, Julio César, Erasmo de Rotterdam, Montaigne, Voltaire, como escritor Joseph Conrad o el Empeinado.

P. El Cid tuvo que ser un buen estratega.

R. Sin duda. Al menos un buen táctico. De hecho no perdió ninguna batalla. Tenía una gran visión estratégica. Sabía prever, utilizar sus recursos. En la novela es muy importante la mirada. La gente miraba la luz, el bosque, el viento, la emboscada. La gente adiestrada ve cosas que los demás no vemos.

P. Derrota al conde de Barcelona al que antes ha pedido trabajo.

R. Eso es histórico. Lo

derrotó dos veces, aunque en la novela lo fundo en una.

P. ¿Paralelismo con Cataluña?

R. No, no. Que quede muy claro que aquí no hay catalanes. Aquí hay una frontera de los condados francos que llega hasta el Ebro y que está en las crónicas del Cid. Aquí está cómo ve un castellano el Ebro para arriba; lo ve como extranjero. No hay una intencionalidad. Podría no haber metido al conde de Barcelona, Berenguer Remont, en la historia...

P. ¿Le hubiera gustado vivir en la Edad Media?

R. No, en absoluto. No había penicilina, ni luz eléctrica, ni máquinas de escribir.

P. ¿Asume el lema del Cid: «Oderint dum metuant», «Que me odien, pero que me teman».

R. No, pero me gustó mucho.

P. «Matar para no morir o morir matando», se lee.

R. En la novela se remarca algo que quizá choque para el lector de hoy, morir con naturalidad. En Occidente rechazamos que la muerte forma parte de las reglas de juego.

P. ¿No sabemos morir?

R. El hombre occidental, no. Lo ha olvidado. Nuestros abuelos sí. Vivimos un mundo algodónado.

P. En la novela se cuenta el tiempo en credos. Cinco credos, por ejemplo. Y la distancia en flechas.

R. Cuando era pequeño, la chica que estaba en casa ponía a hervir un huevo y rezaba un credo porque era el tiempo que tardaba en cocerse. La gente, hasta los analfabetos, como sabían rezar, media el tiempo así.

P. ¿Qué libro está leyendo?

R. Estoy releyendo por quinta o sexta vez *La montaña mágica*.

P. ¿Qué está escribiendo?

R. Una novela. No la voy a contar. No transcurre en España. Transcurre a mitad del siglo XX. Pero igual en un mes se cruza otra y...

P. ¿Cataluña?

R. No sé de qué me estás hablando. Escribo cada día ocho horas, tengo 30.000 libros. ¿Crees que voy a perder el tiempo? No me interesa.

P. ¿Va a votar?

R. Eso es cosa mía.

'Un plan sangriento'. Graeme MacRae novela la vida de un adolescente que asesinó a tres vecinos en una remota aldea de las Tierras Altas

ESCOCIA, 1869: LOS CRÍMENES DE LA DIVINA PROVIDENCIA

POR LUIS ALEMANY MADRID

Un plan sangriento: el caso Roderick Macrae (Impedimenta) tiene el título y la sinopsis de un *true crime*. Tenemos un triple crimen real, un escenario remoto y sugerente, el extremo norte de Escocia en 1869, y los alicientes clásicos para los aficionados al género. Pero no sólo para ellos. También los lectores que busquen una emoción más indecible, una tristeza más dulce, están convocados.

A veces, el libro se lee como un reportaje de sucesos; otras veces parece un eco de *El extranjero* de Camus o de una tragedia griega o de *La casa de Bernarda Alba*.

«Bueno, lo de Camus me halaga. Lei *El extranjero* de adolescente, supongo que como todo el mundo», cuenta Graeme MacRae, autor del libro. «En el fondo, hay una pregunta común en ambos libros: ¿es dueño el individuo de sus actos?».

¿Qué es *Un plan sangriento*? Su núcleo es el texto que Roderick Macrae, asesino confeso de tres vecinos en la aldea de Culduie, escribió como descargo para el tribunal que lo juzgaba. Roderick

era un crío de 17 años, un *bicho raro* salido de una aldea miserable. Su texto, sin embargo, es conmovedor como retrato costumbrista y como exploración en el alma de un adolescente desvalido.

El chico era inteligente pero patoso para la vida social. Anhelaba el afecto de su madre muerta y vivía atenazado por la pobreza y la presión social. A veces hablaba solo y a veces veía las cosas con demasiada lucidez. Alrededor de su memoria, MacRae recupera o recrea las voces de vecinos, abogados y médicos de Roderick. También aparece por ahí un párroco que fue el testigo menos compasivo de todos los que aparecen en *Un plan sangriento*.

No es casualidad. El libro de MacRae está lleno de referencias a la divina Providencia, a la voluntad de Dios que predetermina la vida de sus personajes. «La Iglesia Presbiteriana de Escocia sostiene que los actos no nos pertenecen, que nos vienen dados», explica el autor. «La hermana de Roderick tuvo una visión, dijo que sus vecinos iban a



Graeme MacRae. IMPEDIMENTA

morir y Roderick interpretó que debía hacer cumplir ese designio. ¿Que para qué sirve esa manera de ver la vida? No le veo nada positivo, pero supongo que a las élites les funcionó muy bien».

Hay un momento clave en *Un plan sangriento*. Cuando Roderick va al cadalso, sus piernas flaquean. «Cuando lei la noticia de su ejecución, lloré en la biblioteca», cuenta el autor.